

## RESEÑAS

**Saer, Juan José. *La narració-nobjeto*. Buenos Aires, Seix Barral, 1999. 202 páginas.**

El *Prólogo* a este conjunto de ensayos críticos y apuntes combina magistralmente el elogio y la mordacidad. El elogio a la “verdadera crítica” y su encomiable función: poner en jaque “a los vándalos que, al final del segundo milenio de nuestra era, pretenden reducir el arte a su valor comercial”. Saer no renuncia a la crítica porque abomina del “enriquecimiento ilícito” de los autores de “mala literatura”; ese “submundo” detesta a la crítica porque desea preservar sus intereses mercantiles de los embates del análisis, el rigor intelectual y la ética “que el ejercicio de la verdadera crítica supone”.

Así da inicio Juan José Saer a este libro que reúne textos menos heterogéneos de lo que parece a simple vista, el cual, como se verá, es el resultado de la conjunción de inteligencia, rigor crítico, precisión en las ideas y destreza en el discurso.

Se perciben en el desarrollo de este libro dos orientaciones que lo tensan y articulan: la reflexión crítica acerca de textos literarios escogidos, por una parte, y por otra, la crítica de la crítica, incisiva, mordaz y básicamente honesta, que implica, desde luego, una honda valoración de esta tarea intelectual y de su función reguladora en el mercado literario, cuestión que, sabemos, preocupa a Juan José Saer como escritor y como intelectual que no elude su compromiso con la cultura y la sociedad a la que pertenece.

En “La narraciónobjeto”, texto que da título al libro, la noción de discurso está fuertemente asociada a la idea del lenguaje “abstracto, unívoco e inteligible” (p. 19); tanto es así, que Saer lo define como “una concatenación de universales” (p. 20); en esta línea opone “la autonomía opaca de un objeto” a “la transparencia conceptual del discurso” (p. 22). Así las cosas, la pluralidad de sentidos (más que pluralidad, infinitud) que Saer reconoce en todo texto narrativo, deviene de su naturaleza objetiva, y no discursiva: los relatos “son del orden de las cosas particulares” y por ello su sentido “puede variar hasta el infinito”.

La pregunta que cabe, tal vez, a la luz de otras reflexiones teóricas y críticas no desconocidas por Saer, es la siguiente: la indeterminación del sentido posible de un relato, ¿no derivará, precisamente, de su naturaleza discursiva? ¿No será que “la transparencia y el pragmatismo del lenguaje” (p. 22) son fenómenos limitadísimos, apenas verificados en algunos ejemplos de lenguaje científico o en situaciones comunicativas muy específicas y acotadas (una formulación científica, un pronóstico meteorológico, tal vez, una lista o inventario), pero que no pueden vincularse con el lenguaje literario?

Cuando en el final del artículo Saer afirma que por su apego a “lo particular” las narraciones “adquieren el sabor de lo irrepetible y único”, y rechaza “la postulación autoritaria [...] de tal o cual sentido inequívoco”, yo comparto con entusiasmo esa afirmación, y sospecho que esa infinitud polívoca de sentidos es la feliz consecuencia de su naturaleza verbal, del hecho de ser dichas narraciones, precisamente, objetos de discurso.

Su admiración por Faulkner y el acabado conocimiento de su obra provocan el efecto de los buenos textos de crítica literaria: el deseo de leer. Para quienes conocen poco o fragmentariamente al gran escritor norteamericano, las reflexiones de Saer son una grata invitación a la lectura. El autor aprovecha la referencia a Faulkner para hablar de la incompreensión que acompaña casi siempre, en sus inicios, a una gran obra, y del complicado problema de las influencias literarias, tan visitado por la crítica. Respecto de este último, cabe señalar la noreferencia (que es una referencia implícita) a Gabriel García Márquez, a quien Saer no considera entre los tres nombres de “la literatura americana en idioma castellano” (parece no querer decir “latinoamericana”) que, según él, han recibido la influencia de Faulkner: Borges, Rulfo y Onetti. Volvemos a escuchar esa referencia implícita cuando Saer

afirma, con un dejo de ironía: “A diferencia de ciertos autores que pretenden idolatrar a Fulano o a Mengano sin que un solo indicio del respeto por esos supuestos maestros aparezca en sus libros, las de Faulkner no son vanas palabras. En ninguna de sus grandes novelas falta un Quijote...” (p. 81).

Aquí parece agragarse a las *Líneas del Quijote* (Quijote-Kafka; Quijote-Flaubert, del artículo anterior), la línea Quijote-Faulkner. Una de las características de este libro, que lo torna más atractivo y ágil, está dada por los vínculos que se establecen entre los artículos que lo integran, otorgándoles mayor unidad y haciéndolos dialogar unos con otros. Es más: algunos artículos se completan con esas líneas tendidas hacia otros.

Párrafo aparte merece su reflexión sobre la obra de Borges. (*Borges como problema*, pp. 113-137). En ella Saer no tiene reparos en señalar el carácter de polemista del Borgescrítico: “Buena parte de sus ensayos, reseñas, artículos o conferencias, son verdaderas descargas de artillería, y a veces incluso meras variantes del acto surrealista por excelencia, consistente, como es sabido, en salir a la calle con un revólver y disparar contra la multitud [...] A decir verdad, su actitud es menos la de un crítico que la de un polemista. Para el verdadero crítico todo debe ser sometido a examen, tanto los argumentos propios como los ajenos; para el polemista, en cambio, el asunto consiste únicamente en ganar la discusión” (p. 116).

Saer se refiere a Borges con la inteligencia y la libertad de criterio a las que nos tiene acostumbrados, y que le permiten afirmar que una buena parte de la obra de Borges “es poco interesante” (p.117); aclara de inmediato que eso pasa con casi todos los autores, pero “la religión popular que existe en torno a Borges” siembra confusión y parece condicionar también a algunos críticos.

En pocas palabras, Saer señala críticamente el escaso valor crítico de algunas lecturas que Borges expone en *Inquisiciones*, *Otras inquisiciones* y *Discusión*, puesto que constituyen más una distribución de condenas y recompensas con arreglo a un “dogma” poco satisfactorio que una argumentación crítica de los textos elegidos.

Ahora bien, tal vez el mayor mérito de este texto sea el de echar luz sobre ese fenómeno que el autor denomina “religión popular” en torno a Borges, y que tiene su origen en la enorme divergencia entre su figura pública y sus textos. Saer reitera en el artículo su admiración por Borges, por lo que él llama “su obra válida”, pero señala –a mi criterio, con gran lucidez y libertad de conciencia– “las irregularidades en la constitución del corpus borgiano” y también “la pasividad con que la crítica parece considerarlas” (p. 125). “Es como si el solo hecho de ser textos de Borges los transformase mágicamente en literatura” (p. 126).

Saer rechaza el prejuicio nacionalista que ha señalado a Borges como extranjerizante, y afirma que su “reelaboración de lo local y de lo universal en una materia novedosa y personal, es lo que le da el sabor particular a su escritura” y constituye “una tendencia esencial de la cultura rioplatense” (p. 129). Aquí se observa nuevamente la dinámica del libro de Saer, signada por los vínculos internos que tienden líneas de fuga (de unidad, de recapitulación, de diálogo) entre los diferentes textos críticos que se presentan como completamente autónomos, pero que manifiestan su íntima y fecunda ligazón; en este caso, desde la reflexión sobre la obra de Borges, el texto “regresa” al ensayo anterior (*Tradición y cambio en el Río de la Plata*) reafirmando sus hipótesis.

Saer nos presenta, además, su siempre fresca condición de lector: a la admiración por Faulkner, ya señalada, se le suman en estas páginas la valoración de Katherine Ann Porter y de la obra de Antonio Di Benedetto, esta última considerada en el breve artículo “El silenciero” como “uno de los momentos culminantes de la narrativa en lengua castellana de nuestro siglo”.

Si afirmamos con Saer lo dicho en el *Prólogo*: “la crítica es una forma superior de lectura, más alerta y más activa, y que, en sus grandes momentos, es capaz de dar páginas magistrales de literatura”, la página que justifica sobradamente la lectura de este libro (si hiciera falta una justificación mayor que la lucidez y la honestidad crítica de Juan José Saer), la encontramos en los *Apuntes*, y más precisamente, en el texto titulado *Dalí* (pp. 176-181). Puesto que las considero páginas de gran literatura, ocioso es describirlas; le reservo al lector el intenso placer de recorrerlas.

*Clelia Moure*

Universidad Nacional de  
Mar del Plata